

2021

La infancia y la memoria *En la Calzada de Jesús del Monte*, de Eliseo Diego

Milena Rodríguez Gutiérrez

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Gutiérrez, Milena Rodríguez (April 2021) "La infancia y la memoria *En la Calzada de Jesús del Monte*, de Eliseo Diego," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 93, Article 21.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss93/21>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LA INFANCIA Y LA MEMORIA
EN LA CALZADA DE JESÚS DEL MONTE, DE ELISEO DIEGO

Milena Rodríguez Gutiérrez
Universidad de Granada, España

Escribe Raúl Hernández Novás en su excelente artículo “Un acercamiento a la poesía de Eliseo Diego” que muchos elementos en la obra del poeta origenista constituyen pares opuestos, pero también “contrarios apaciguados y confundidos” (111). En estas líneas intento acercarme, brevemente, a dos de esos contrarios “confundidos”, la infancia y la memoria, tal como aparecen, o como podrían pensarse, en el primer y ya mítico poemario de Diego, *En la Calzada de Jesús del Monte*, publicado en 1949 por Ediciones Orígenes.

“Por la Calzada de Jesús del Monte transcurrió mi infancia...” (2020: 109), dice la voz poética en el segundo poema, sin título, de *En la Calzada de Jesús del Monte*. Y al final del texto, leemos: “de allí me vuelvo al origen” (2020: 109).

La infancia es una presencia que se puede palpar *En la Calzada...* Es el punto de partida del poemario. La infancia, en el libro, es ese lugar primero, jardín del Edén, paraíso, donde memoria y sueño todavía no eran necesarios, como van a serlo después, en la adultez; la infancia es ese sitio en que “la mesa estuvo realmente puesta” (“*No podría decirles nunca...*”, 2020: 125). Y será después, cuando este paraíso se pierda, cuando deba hacer su función la memoria, y restaurar pero, también, inventar, soñar.

En “Esta tarde nos hemos reunido”, conferencia sobre su propia poesía que Eliseo Diego impartió en el antiguo Lyceum de La Habana en 1958, y que resulta imprescindible para acercarse a este libro y a toda la poesía de Diego, el poeta decía sobre la infancia: “Es usual que hablemos de la infancia y sus poéticas maravillas. ¿No bastarán estas para probarnos que mientras fuimos niños tuvimos todos el poder de mirar la prodigiosa realidad? Luego comienza el desvarío de las asociaciones, el cortejo de los sueños útiles” (2007: 22)¹.

En la Calzada... supone así una rememoración de la infancia, aunque, también, decíamos, su restauración, y su invención: “y el silencioso recoge sus memorias / en torno de su cuerpo vestido de reflejos / como el que abriga su fiebre con alegres mantas” (“Calle transversa”, 2020: 191).

Esta presencia permanecerá en los libros posteriores de Eliseo Diego. Como escribe Jaime Labastida sobre el poeta origenista: “su poesía es, en muchos sentidos, un hermosísimo trabajo de reconstrucción de los objetos perdidos en la infancia” (182). Ya lo dice Bachelard: “Todo exceso de infancia es un germen de poema” (2013). Aunque habría que precisar también que en Diego, infancia y memoria se confunden, pues la infancia es, también, desde el comienzo, memoria. Es decir, para el poeta no hay acceso directo a la infancia; sino que esta es ya aquello construido mediante el arduo trabajo de la memoria; la infancia, es, así, siempre, en buena medida, la propia memoria, su restauración a través de ella, y, también, su sueño y/o su invención. Diego sigue la línea de San Agustín (“el primero que se atrevió con el océano de la memoria”, como lo nombró el propio Diego”, en “A través de mi espejo”, 2007: 248), cuando señalaba que la niñez es un tiempo que ya no existe, y que su realidad solo tiene lugar en la memoria:

Quando se narran hechos pasados verdaderos no se sacan de la memoria los mismos acontecimientos que pasaron, sino palabras concebidas a partir de las imágenes de aquellos, las que fijaron en el espíritu a modo de huella al pasar a través de los sentidos. Y así mi niñez, que ya no existe, está en tiempo pasado porque ya no existe. Ahora bien, su imagen, cuando yo la revivo y la narro, la observo en tiempo presente, porque todavía existe en mi memoria (565).

Labastida se refiere también a un elemento presente *En la Calzada...*, y que relaciona con la infancia, “la presencia de la figura de la baraja”; “la baraja es, al mismo tiempo, el azar y el destino, la casualidad y la férrea, implacable necesidad. En la imaginación de un niño, las figuras de la baraja adoptan dimensiones enormes”, y añade: “se trata de un juego [...], pero es un juego que guarda estrechas semejanzas con la vida” (185). En diversas ocasiones aparecen la baraja y el acto de barajar en el libro; desde “El Primer Discurso”: “¡Cuánto abrumba mi suerte, que barajan mis días estos dedos de piedra” (2020: 107); o en “El Segundo Discurso...”: “hacen ya tantos viernes / (¿baraja las semanas?)” (113) y también: “confundo los harapos / polvorientos del alma / con el abrigo luzbel de la baraja” (114); o en el poema “En la paz del Domingo”, en que los días de la semana son designados como un juego de cartas, y el Domingo (siempre con mayúsculas), es “rey de una sola pieza de ingenua púrpura” (142), y el lunes, “as de bastos” (142); o en “El jugador”, por supuesto, donde se nombra la suerte y aparecen, “sobre la tabla de amargura suave, / reyes y bastos y las copas llenas” (160); o, ya en el

último poema, “*Oigamos calle mía...*”, en que se apunta a “las materias de mi baraja de semanas” (211).

Pero no solo el juego de cartas, la baraja, aparece en el poemario, sino el juego, cualquier juego sin más. Como bien señala Rafael Almanza, “el principio lúdico [...] se expresa en todos los libros de Eliseo en continuas referencias a la baraja, el ajedrez, el dominó y los juegos infantiles; al circo, el cine, el guiñol y los cuentos de hadas [...]” (23). *En la Calzada...* todo el paisaje descrito está construido a partir del recuerdo de un niño; así, el poemario pudo haberse llamado también, quizás, *El juego de la Calzada de Jesús del Monte*. Un juego que, sin embargo, planteado como tal (y esta idea puede parecer, en principio, paradójica) permite cierto distanciamiento, facilita la capacidad de ver, pues, como escribiera el propio Diego: “las incursiones que los niños hacen por las tierras de cuentos les ganan el don de mirar su casa desde lejos, don utilísimo” (“A través de mi espejo”, 2007: 246).

Esta presencia del juego se advierte con mayor transparencia en ciertos poemas, que son, o muestran y esconden a un tiempo, la huella de ensueños infantiles, como ese ensueño pictórico que es “*En la esquina*”, donde las dos Calzadas, las dos calles, Jesús del Monte y Luyanó, vienen cogidas del brazo “como libertadores gigantescos” (2020: 144), mientras “prosiguen su marcha entre las casas” que, “vestidas de colores distintos” (rojas, añiles, amarillas, violetas), “los miran azoradas” (144). O ese otro ensueño infantil, que es el bosque o el zoológico que el niño que juega ha imaginado en su propia casa; un bosque de fantasía que se contrapone a la realidad que habita en la otra habitación: la de las “manos tan tristes del abuelo”, como puede apreciarse en “*La Casa*”, en 2, donde leemos:

Está la sala poblada de criaturas
 como el mar o un bosque de los primeros días.
 Sus diversas especies [...]
 las sillas ágiles inclinadas al agua del espejo
 y esa fina serpiente de la lluvia, que danza
 entre las hojas de la pared raída.
 Y las manos tan tristes del abuelo,
 en otra sala, en esperanza y luz distintas (2020: 146)

O ese, inocente, que oculta “*La quinta*”, en que aparece “el negrito a quien hacía tanta gracia la nada / sentado junto a las escaleras que siempre pretendieron / ser unos saltos de agua / y a quien acompañaba no sé si por su gusto el silencioso gato” (2020: 149).

Hay, todavía, otro elemento en el libro que podemos relacionar con la infancia; me refiero a la referencia al nombre, a la búsqueda, al recuerdo del nombre, casi obsesivos *En la Calzada...*: “En la Calzada más bien enorme de Jesús del Monte [...] cansa mi principal costumbre de recordar un nombre” (107), se dice en “*El Primer Discurso*”. El nombre, los nombres,

el acto de nombrar, van a ser hechos esenciales en el poemario. En “Idea de la infancia”, Giorgio Agamben escribe: “En el nombre el hombre se liga a la infancia, se ancla para siempre a una hendidura que trasciende más allá de todo destino específico y de toda vocación genética” (79).

Pero volvamos a ese par que conforman la infancia y su cuasi opuesta —y complementaria—, la memoria. Infancia y memoria son, decíamos, prácticamente lo mismo en Diego. Aunque habría que señalar que *En la Calzada...* la voz poética no deja de dar cuenta, a pesar de todo, de esa imposibilidad de acceder directamente a la infancia, de la fractura o hendidura que existe entre lo que realmente fue y lo que puede recordarse, o soñarse: “No podría decirles nunca: esto fue un sueño, y esto fue mi vida”. (“No podría decirles nunca...”, 2020: 125).

A lo largo de la obra de Eliseo Diego, esta fractura va a estar siempre presente, desde su primer libro, ese de prosas poéticas, *En las oscuras manos del olvido*, donde leemos, por ejemplo, en el texto con que se abre, “El Negro Haragán”: “Pienso, ahora, en toda la vigilia, en todo el cuidadoso trabajo, de mantener el aliento a mi pobre fuego [...]. En lo difícil de que un niño viva a través de su infancia entre tanta sombra y muerte reunidas” (17). Tal vez uno de los momentos donde esta fractura se haga más nítida sea años después, en *El oscuro esplendor*, de 1966, un poemario que quizás condensa, y presenta desnudo, en su esencialidad, todo el saber de *En la Calzada...* Así, en el poema que da título al libro, ese hermoso oxímoron sirve para poner de manifiesto la insalvable distancia entre el adulto y ese niño que alguna vez fue, y que es “mirado” por aquel, y para contraponer la inocencia del niño al trágico saber del adulto, un saber que se vuelve entonces “oscuro esplendor”: “Yo pregunto: / qué irremediable catástrofe separa / sus manos de mi frente de arena, / su boca de mis ojos impasibles” (2001: 111). De nuevo, al final del poemario, aparece la hendidura, en “Oración por toda la familia”, representada ahora en la “oveja de arcilla sin consuelo”, un *juguete de tiempo*, un juguete que se desintegra, muy conveniente para un adulto con “frente de arena”: “Roguemos esta noche por un niño / de quien no queda más / que una oveja de arcilla sin consuelo / entre las vastas ruinas” (137).

Un poema en que esa fractura se hace también palpable *En la Calzada...*, es “Mi rostro”, donde el espejo, “signo tanático” (354) en la poesía de Diego, como señala Enrique Saíenz, se convierte en el testigo incómodo que revela la extrañeza del adulto ante la pérdida de la infancia, testigo que descubre que un rostro puede ser “tiniebla recubierto / de piel tan solo”:

Como un extraño mi rostro se sorprende
cuando lo encuentro fugaz en los espejos,
sus labios tiemblan con angustioso dejo
como de infancia que cierta noche aprende

los harinados terrores del payaso.
Teme saberme tiniebla recubierto
de piel tan sólo, el instrumento incierto
donde mi nombre suena sordo [...] (2020: 158)

Pero es, acaso, en “La quinta” donde la fractura, pero también la conciliación, entre infancia y memoria aparecen en toda su significación en el poemario. “Escribo todo esto con la melancolía de quien redacta un documento” (149), se dice allí; frase que viene a significar, según se aclara después: “Digo estas cosas con la tristeza de quién a solas dice cuántos años” (150).

Quizás resulta apropiado decir que “La quinta” parece recrear la que fue, en su infancia, la casa real del poeta, sobre la que Diego nos cuenta en su conferencia “Esta tarde nos hemos reunido”: “[...] la raíz de mi pequeña obra está en una quinta cercana a la casa donde hoy vivo. Una quinta desparramada y vieja, rica en galpones, caballerizas y recovecos; en tapias inútiles y patiecillos oscuros [...] Mientras fui niño me bastó este espacio y viví de sus riquezas con felicísima inconsciencia” (2007: 25). Y de la que dirá también, en otro de sus escritos ensayísticos fundamentales, “A través de mi espejo”, de 1970², que “[...] es imposible entrar en cualquiera de los míos [se refiere a sus libros] sin pasar de algún modo por ese sitio” (238)³.

En la Calzada... “La quinta” se halla, no por azar, hacia el centro del libro: es ese poema a la vez grieta y a la vez juntura en el poemario. Y es que “La quinta” es lo que une y a la vez lo que separa infancia y memoria; ese símbolo, o síntoma, que las delimita y a la vez las fusiona. Se trata, exactamente, del mismo papel que juega la quinta real en la calle que es, o fue, la Calzada de Jesús del Monte. Aludiendo al libro de Diego, escribía Cintio Vitier en este sentido: “No estamos ya en el martiano campo ni en la casaliana ciudad, sino en la calzada cuyo término es la quinta de las afueras [y que] no le deja desprenderse ni en el campo libre ni fijarse en el centro urbano” (431). Es decir, la Calzada —la calle del libro y también la que fue la calle real— es un espacio distinto a ese campo que aparece en los *Versos sencillos* de José Martí, y a la urbana ciudad de la poesía de Julián del Casal. Porque la Calzada de Jesús del Monte es, en el poemario y fue en la realidad, esa calle que va del campo a la ciudad; calle, como dice Roberto Méndez, que es “eslabón entre lo primigenio del campo y la pesadilla de la ciudad” (330), calle que se extiende, tal como leemos en el libro, “de la tiniebla húmeda que era el vientre de mi campo al gran cráneo ahumado de alucinaciones que es la ciudad” (“*Por la Calzada de Jesús del Monte transcurrió mi infancia...*”, 2020: 109); la quinta es precisamente su frontera, esa casa, esa construcción peculiar, que los delimita; casa-frontera, casa-hendidura y casa-juntura de dos espacios de contrastes; de dos espacios opuestos.

Una calle, así, esta Calzada de Jesús del Monte, singular, híbrida,

el jardín de la quinta donde termina la Calzada
 y comienza el nacimiento silencioso del campo y de
 la noche
 [...] (149-150)

Y otra vez, de nuevo, aparece el segundo tiempo, la acotación; esta vez, incluso, más que sin transición, prácticamente unido, fusionado al primer tiempo, aunque de cuenta de su no-existencia, de su tachadura:

[...]
 raído por el sol lo miro, melancólicamente desolado
 como el feo pensamiento de un idiota.
 Digo estas cosas con la tristeza de quien a solas
 dice cuántos años
 y deja caer la inútil mano sobre la frescura del
 mimbre y en su comodidad encuentra algún
 consuelo. [...] (150-151)

Infancia y memoria: pares opuestos que se miran frente a frente desde dos tiempos, y se separan, se enfrentan, se concilian, se fusionan, en la voz de un adulto que es, pero ya no es, ese niño que miraba, y que mira todavía, que sueña hoy seguir encontrando lo que advierte que ya no está, lo que el sol devuelve raído, o desolado (¿es decir, sin sol?); y siente, a pesar de todo, la frescura de esa infancia en el mimbre; minúsculo resto del pasado, huella casi intangible, pero real, de esa infancia que se fue. Infancia que, a pesar de todo, permanece, queda, sigue estando en la memoria, como documento melancólico que se redacta, como poema.

NOTAS

- 1 Esta conferencia se publicó después en *Nueva Revista Cubana* (nº 1, 1959).
- 2 Se trata de una conferencia que leyó el poeta en la Biblioteca Nacional José Martí, en La Habana, en 1970, y que se publicó posteriormente en la revista *Unión* (nº 4, 1970).
- 3 Resulta emocionante seguir el rastro a esa quinta que el poeta perdió, siendo niño; que recuperó años después, ya adulto, para la infancia de sus propios hijos, Constante (Rapi), Josefina (Fefé) y Eliseo Alberto (Lichi) y, que, una vez más, volvieron, todos, a perder después del triunfo de la Revolución cubana. La quinta parece haber dejado hondas huellas en varias generaciones de la familia. Así, Josefina de Diego escribe, muchos años después, un hermoso libro de prosa poética que, bajo el título de *El reino del abuelo*, es evocación de esa quinta y supone una proyección de ese mágico lugar en un tiempo posterior al de *En la Calzada*, con una atmósfera donde el reino de la infancia vuelve a ser el centro; allí leemos:

La Quinta —construida en las afueras de Arroyo Naranjo, a unos treinta kilómetros de La Habana— se llamaba Villa Berta, por la abuela paterna [] El nombre estaba puesto en las dos verjas de hierro que se abrían, acogedoras, para dar paso a los autos y, también, a los vendedores de viandas, vegetales y periódicos que entraban con carretones tirados por caballos. Había, a la derecha, una puerta para las personas, pero nadie la usaba. Quizás, pensaba yo, porque las puertas de reja de hierro eran como los brazos de la casa, el primer encuentro con los múltiples visitantes y, si uno entraba por la puerta pequeñita, el abrazo, también, tendría que ser pequeñito. (20).

También Eliseo Alberto, en *La novela de mi padre*, recrea con gran ternura ese segundo momento de recuperación del "edén perdido", aludiendo, en este caso, a lo que pudo haber supuesto para su padre esta nueva vivencia, esta recuperación de su infancia:

[] Al final de su vida, papá pudo hablar de su infancia con alegría. Arriesgo una opinión: creo que la estaba confundiendo con la nuestra. [] Y pudo ocultarse en los recovecos de Arroyo Naranjo, detrás del pozo, entre los cimientos del granero o las ruinas del establo, en el cuarto de los juguetes, sin temor a que se olvidaran de él, sin terror a sentirse abandonado, ahora que mamá lo había convencido que los seis (la abuela nos acompañaba en la expedición) debíamos irnos a vivir a aquella misma casona, construida por su suegro, la queridísima Villa Berta, *El reino del abuelo*, donde él tendría una nueva oportunidad para descabezar de una vez a sus demonios. En fin, papá pudo ser nuestro hermano mayor, el primogénito, el favorito, ahora que había descubierto que un niño risueño, en verdad malcriado, con vicios de "hijo único", seguía comiendo mangos en sus entrañas. (77) (Estas palabras se recogen también en el prólogo a la *Antología de Eliseo Diego* publicada por El País, dentro del "Segundo recuerdo", pp. 9-10).

OBRAS CITADAS

Agamben, Giorgio. *Idea de la prosa*. Traducción de Laura Silvani. Barcelona: Península, 1989.

Agustín, San. "Libro XI: En el interior del corazón I: Eternidad de Dios y caída del alma en el Tiempo". *Confesiones*. Introducción, traducción y notas de Alfredo Encuentra Ortega. Madrid: Gredos, 2010: 541-583.

Alberto, Eliseo. "Recuerdos de mi padre". Prólogo a Eliseo Diego. [Antología]. Madrid: El País. Colección de poesía, 2009: 7-16.

—. *La novela de mi padre*. Barcelona: Alfaguara, 2017.

Almanza, Rafael. "Exterior, representación y juego en Eliseo Diego". *Encuentro de la cultura cubana*. N° 3. 1996-1997. 19-25.

Bachelard, Gastón. *La poética de la ensoñación*. Traducción de Ida Vitale. México: Fondo de Cultura Económica, 2013 [Edición electrónica].

Diego, Eliseo. *En las oscuras manos del olvido*. La Habana: Letras cubanas [1942], 1979.

____. *Obra poética*. Compilación de Josefina de Diego. Prólogo de Enrique Saínez. La Habana: Unión, 2001.

____. *La insondable sencillez. Ensayos*. Prólogo de Enrique Saínez, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.

____. *En la Calzada de Jesús del Monte*. Edición e introducción de Milena Rodríguez Gutiérrez. Palabras preliminares de Josefina de Diego. Valencia: Pre-Textos, 2020.

Diego, Josefina de. *El reino del abuelo*. México: Ediciones del Equilibrista, 1993.

Hernández Novás, Raúl. "Un acercamiento a la poesía de Eliseo Diego" [1983]. En *Acerca de Eliseo Diego*. Enrique Saínez (selección, palabras preliminares, cronología y bibliografía). La Habana: Letras Cubanas, 1991: 105-119.

Labastida, Jaime. "Eliseo Diego. Niño perenne" [1994]. En *La palabra enemiga*. México: Siglo XXI, 2008: 182-188.

Méndez, Roberto. "El oscuro esplendor de la Calzada". En *Acerca de Eliseo Diego*. Enrique Saínez (selección, palabras preliminares, cronología y bibliografía). La Habana: Letras Cubanas, 1991: 329-340.

Ortiz, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Prólogo de Bronislaw Malinowski. Barcelona: Ariel, 1973.

Saínez, Enrique. "En la Calzada de Jesús del Monte: apuntes para una interpretación". En *Acerca de Eliseo Diego*. Enrique Saínez (selección, palabras preliminares, cronología y bibliografía). La Habana: Letras Cubanas, 1991: 341-377.

Vitier, Cintio. "Decimoquinta lección. La poesía de la memoria en Diego. Lo criollo y lo cubano...". *Lo cubano en la poesía*, La Habana: Universidad de Las Villas, 1958: 423-437.